

# Una infame conspiración en Bali

Shamini  
Flint

**AMOK**  
EDICIONES

*Una infame conspiración en Bali.*  
Serie *El inspector Singh investiga.*

Título original: *Inspector Singh Investigates: A Bali Conspiracy Most Foul.*

© 2009, Shamini Flint

Publicado por primera vez en el Reino Unido en lengua inglesa en 2009 por Piatkus, un sello de LittleBrown Book Group.

ALL RIGHTS RESERVED

AMOK Ediciones

C/Salustiano Olózaga 18, 4ºD.

28001 — Madrid — España

comunicacion@amokediciones.es

© AMOK Ediciones para esta primera edición en España, febrero de 2023.

© 2022, Marta Vázquez Heredia, por la traducción.

Agustín Ferrer Casas, por la ilustración.

Natalia Martínez, por la maquetación.

Dirección creativa y de arte de la colección:

Madre, Espacio de Contenidos Creativos.

www.madrenohaymasqueuna.com

Diseño gráfico de este título:

Milos Kalvín para TheWhiteRoomLab

ISBN: 978-84-19211-14-9

Depósito legal: M-30300-2022

Impreso por Leitzaran Grafikk

Impreso en España — Printed in Spain

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*Para el comandante*

*La marea empañada de sangre se desata y en todas partes  
arrasa el ceremonial de la inocencia.  
Los mejores carecen de toda convicción,  
y los peores rebosan apasionada intensidad.*

W. B. YEATS

## Prólogo

Jimi tenía las manos sudorosas, podía ver las marcas de humedad en la funda de polipiel que cubría el volante.

El motor de la pequeña furgoneta blanca pareció atragantarse. Jimi miró el indicador de la gasolina; le habían dicho que dejase el motor en marcha, no se fiaban de que fuese capaz de volver a arrancar el vehículo, ni siquiera tenía carné de conducir. Jimi ya se lo había dicho: él quería participar pero, ¿no sería mejor que fuese otro, Amrozi o Idris, quien condujese la furgoneta?

Todos le habían asegurado que su misión no tenía ninguna complicación y que tendría tiempo de practicar un poco. Iban a dejarle alineado con su objetivo para que no tuviera que girar en ninguna calle, ni detenerse y volver a ponerse en marcha. Era un trayecto muy corto hasta los libros de historia.

Las instrucciones se las sabía de memoria: tenía que esperar hasta que uno de ellos llamara por teléfono y luego levantar el pie del freno. Se lo habían repetido muchas veces porque les preocupaba que se adelantara. Pero Jimi lo había entendido, tenía que esperar y hacer lo que le habían dicho. Así se había pasado toda su corta vida, esperando y haciendo lo que le decían, ya fuera su padre, sus hermanos o el imán de la mezquita.

Jimi estaba tan tenso que tenía calambres en la pierna. Pisó con fuerza el freno de la pequeña Mitsubishi blanca para asegurarse de que no se movía, aún no era el momento. No tenía ninguna duda sobre lo que iba a hacer. Los demás le habían asegurado que estaba haciendo lo correcto. Era la yihad, la batalla final y definitiva.

Iba a ser rápido, eso lo sabía, con la cantidad de explosivos que habían metido en el maletero... pero, ¿le dolería? En realidad, lo que más le preocupaba era que sus padres no podrían recuperar su cuerpo para enterrarlo; no sabía si eso estaba bien: todo musulmán debe ser sepultado de lado, con el rostro hacia la Meca. Pero si no había cuerpo ni nada que enterrar, ¿no estaría cometiendo un pecado? Jimi se consoló pensando que seguramente su sacrificio compensaría las pequeñas infracciones.

No dejaba de mirar la discoteca que estaba enfrente, el Sari Club. En los últimos días había pasado por delante un par de veces acompañado de los otros. Jimi apenas había podido echar un vistazo rápido, aunque lo que se veía era suficiente sacrilegio para inflamar de furia los corazones de sus hermanos de armas: chicas y chicos bebiendo y bailando, las chicas casi desnudas. A Jimi le habría gustado haber visto a las chicas, ¿estarían casi desnudas de verdad? Aunque él recibiría pronto su recompensa: setenta y dos vírgenes lo esperaban en el Paraíso; con suerte no irían vestidas con burkas.

Oyó sonar el teléfono pero no lo tocó. Levantó el pie del freno y sujetó con firmeza el volante, colocando las manos en las diez y en las dos, como le había enseñado Amrozi.

El vehículo comenzó a rodar lentamente.

# 1

El inspector Singh podía oír el croar grave de las ranas y el chirrido agudo de los grillos. Los sonidos de Bali eran muy distintos del ruido de las obras y el barullo del tráfico que estaba acostumbrado a oír en Singapur. El policía se quedó pensativo rascándose la barba canosa; esa algarabía nocturna le resultaba familiar... le recordaba las airadas cantinelas de su esposa cuando volvía a llegar tarde a una cena con sus parientes o cuando se tomaba algunas cervezas de más en la cafetería china de la esquina.

Singh respiró hondo y reconoció el especiado aroma del *ikan bakar*, el pescado envuelto en hojas de banano que preparaban en la barbacoa del hotel. Una excitante vibración le recorrió los pelillos de la nariz: estuviera donde estuviera, el olor de la comida siempre era una tentación. Singh hizo una mueca; incluso siendo tan comilón, le parecía desconsiderado pensar en cenar tan pronto en aquellas circunstancias. Su generoso estómago protestó al instante retumbando como una tormenta lejana; el policía se encogió de hombros y pidió una cerveza Bintang bien fría y un plato de *nasi goreng*<sup>1</sup>. Al fin y al cabo, tenía que alimentarse, no iba a conseguir nada saltándose las comidas, y pensó un poco triste que de todas formas tampoco estaba haciendo nada útil.

Singh contempló el mar y la espuma luminiscente de las olas que rompían al acercarse a la costa. La playa estaba desierta, igual que el cenador del hotel junto al agua. Se imaginó que los pocos turistas que quedaban habrían recurrido al servicio de habitaciones, ahora

<sup>1</sup> Arroz frito. (*N. de la T.*)

nadie quería salir en grupo, ni siquiera para comer. Tras el atentado, esos extranjeros tan sociables se habían convertido en ermitaños temerosos y suspicaces que miraban de reojo a los desconocidos.

Por fin llegó su *nasi goreng*, un hemisferio perfecto de arroz frito rematado por un huevo frito con la yema resbalando por los lados como la lava amarilla de un volcán cuando despierta. El plato incluía un muslo de pollo, seis brochetas de *satay*<sup>2</sup> acompañadas de *achar*—la clásica ensalada de verduras en salmuera— y unas cuantas rodajas de pepino, todo artísticamente repartido por el borde del plato rodeando el arroz. Comió con deleite hasta el último bocado, incluyendo el pequeño cuenco de *chilli padi*, los chiles verdes laminados servidos con salsa de soja.

Singh intentó no pensar en la grasa que se estaría acumulando en sus arterias con esa comida. El médico le había advertido que las consecuencias serían funestas si no mejoraba su dieta y su forma física. El policía le había escuchado solo a medias, asintiendo para demostrar que se tomaba en serio los consejos y señalando que estaba dispuesto a hacer ejercicio, como demostraban sus deportivas blancas de marca. Al salir de la consulta había ido a Komala Villas, su restaurante favorito de Serangoon Road —la calle principal del barrio Little India en Singapur— para tomar un té dulce y algún *ladoo*, un pastelillo indio que era una bomba calórica. Cuando hablaba de hacer ejercicio siempre le entraba hambre.

Al acordarse del *ladoo* le entraron ganas de tomar postre. Hizo una seña a un camarero para que le trajese la carta del restaurante, la estudió despacio y la dejó soltando un suspiro. El inconveniente de esos lujosos hoteles de Bali eran sus menús, diseñados exclusivamente para turistas occidentales. En lugar de una buena selección de platos y postres locales solo ofrecían los clásicos platos europeos, como espagueti a la boloñesa y fritura de pescado con patatas. La comida asiática que servían era una pobre imitación de la original; así los turistas podían probar los sabores de oriente sin tener que salir corriendo al cuarto de baño.

La carta de postres tampoco incluía opciones asiáticas, solo había tarta de chocolate o *crème brûlée*.

<sup>2</sup> Carne marinada con especias. (N. de la T.).



Singh pidió otra cerveza.

La terraza del restaurante estaba poco iluminada y acercó un poco la vela flotante que había en la mesa; la flor blanca de frangipani<sup>3</sup> que decoraba el cuenco cayó sobre la llama, se arrugó y ennegreció, y su deliciosa fragancia se transformó en el desagradable olor de la materia orgánica al quemarse.

Sus reflexiones sobre la fragilidad de la naturaleza se vieron interrumpidas bruscamente.

—¡Por fin lo encuentro! He estado buscándolo por todas partes, tendría que haberme imaginado que estaría en el restaurante.

Una mujer de pelo castaño vestida con pantalones color caqui y camisa de hombre se acercaba lentamente hacia él.

El inspector Singh le dio un trago a la cerveza apreciando el cosquilleo de las burbujas de gas en la garganta; una capa de espuma le adornaba el bigote.

—Cada vez que lo veo está agarrado a una Bintang como si fuera su peluche favorito.

Singh se limpió la espuma con el dorso de la mano; la única muestra de su incomodidad fue un breve mohín con su carnoso y rosado labio inferior. Esa mujer era tan cargante como una reunión con sus parientes sijs —siempre regañándole por sus malos hábitos y comentándolos entre sí. Se llamaba Bronwyn Taylor y era miembro de la AFP, la Policía Federal Australiana, que había enviado agentes a Bali para colaborar en el dispositivo de seguridad y la lucha antiterrorista después del atentado. Al inspector Singh del cuerpo de Policía de Singapur le habían despachado a Bali con la misma misión. Si discutía con los australianos iba a tener problemas con sus jefes; sabía perfectamente que sus superiores dedicaban muchas horas a buscar alguna excusa para echarlo del cuerpo, y no pensaba ponérselo fácil.

Bronwyn, que trabajaba en el equipo de relaciones públicas de la AFP, se dejó caer en la silla que estaba enfrente de él.

—Bueno, ¿qué plan tenemos mañana? ¿Qué vamos a hacer para proteger la democracia en el mundo?

<sup>3</sup> Árbol del género *Plumeria*. Sus flores se utilizan habitualmente en las ofrendas y rituales hinduistas. (*N. de la T.*)

Singh ya había deducido que su actitud frívola disimulaba un carácter altamente sensible y decidió ignorar sus preguntas.

—¿Alguna novedad en la investigación? —le preguntó.

Ella asintió.

—Un pequeño avance: han identificado restos del explosivo en una moto abandonada que debió usar alguien implicado en el atentado.

—¿Y ahora qué van a hacer? ¿Buscar al dueño?

Ella asintió, y se apartó con impaciencia los mechones de pelo que le cayeron sobre la frente.

Singh se fijó en los rasgos de Bronwyn: la boca, la nariz y los ojos apiñados en el centro del rostro y rodeados por franjas carnosas; los lóbulos de las orejas eran grandes y parecían estar engullendo unos pequeños pendientes de oro.

—La moto debe ser robada —añadió ella—. No habrán sido tan tontos como para comprarla aquí en Bali.

—Nunca subestime las limitaciones de la mente criminal —replicó Singh, encantado de decir la última palabra por una vez.

—¿Has sabido algo de él?

Sarah Crouch negó con la cabeza. Parecía una colegiala nerviosa: estaba despeinada, con la melena rubia sin el brillo habitual, sentada en el borde de una silla de teca y rompiendo en trocitos minúsculos una servilleta de papel.

Las dos parejas que compartían la mesa con ella la miraban con distintos grados de simpatía y preocupación.

—Es increíble que haya desaparecido así —dijo una de las mujeres, Karri Yardley—. ¿Crees que...? En fin, que pueda haber otra mujer. Es lo típico, ¿no?

Su marido la miró furioso. Karri estaba quemada del sol; esta semana llevaba el pelo teñido de negro y un gran tatuaje falso de un ave del paraíso en uno de sus delgados brazos marrones.

—No hay ningún motivo para sospechar algo así —dijo Tim Yardley con la voz un poco ronca, y agarró una mano de Sarah entre las suyas.

Karri tenía ganas de discutir y, aunque los demás la miraban enfadados, continuó:

—Sarah ya nos dijo que la relación no iba bien, que Richard apenas le hablaba y que salía mucho solo; seguro que ha ligado.

—Habló la experta —dijo con desdén su marido, alisándose el poco pelo con una mano mientras seguía agarrando la mano de Sarah con la otra.

Sarah retiró la mano. No quería verse envuelta en una de las interminables peleas entre la pareja de australianos. Notó que Tim buscaba su mirada, pero ella miró hacia otro lado.

—¿Estás segura de que no había ido al Sari Club? —preguntó Julian Greenwood en voz baja y reconfortante.

Karri soltó una carcajada y enseguida se tapó la boca con la mano en la que lucía unas garras rojas.

—Perdón —dijo—, ya sé que no es cosa de risa, pero imaginarme a Richard en una discoteca...

Julian la fulminó con la mirada y dijo:

—Puede ser que estuviera en esa zona... pasando por delante o algo así.

Sarah seguía callada; todos la miraban menos Emily, la esposa de Julian, que estaba concentrada en su copa de vino mirando el líquido entre sorbito y sorbito como si fuera un espejo mágico.

—Ya estuve en la morgue —dijo Sarah estremeciéndose—. Fue horrible, había muertos por todas partes... y esa peste... Pero no estaba. Les dije que Richard había desaparecido y les di una foto; me pidieron los informes de su dentista en Inglaterra, y no he sabido nada más.

Julian quería animarla, y se le escapó el acento *cockney* barriobajero que siempre procuraba ocultar:

—Ya han entregado la mayoría de los cadáveres para que los entierren..., a lo mejor ya no tienes que preocuparte por esa posibilidad.

Emily Greenwood levantó la cabeza al oírlo; tenía cara de buen humor y parpadeó un par de veces tratando de enfocarlos con sus ojos grises.

—Cuando venía esta mañana, he visto un funeral; era precioso, con montones de frutas y de flores, y todos iban tan bien vestidos...

—¡Estás borracha! —dijo ásperamente Julian.

Emily soltó una risita.

—Solo un poquito achispada, cariño.

Tim se levantó tan rápido que le dio un empujón a la mesa con la tripa.

—Joder, Emily, podías tener un poco de consideración con Sarah y no emborracharte por una vez, ¡que su marido ha desaparecido!

—Qué suerte —susurró Emily guiñando un ojo a su propio marido y apoyando los pechos sobre su brazo.

Sarah estaba distraída pero vio que Julian apretaba los dientes y agarraba el vaso de cerveza como si lo quisiera romper, con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos, pero no quitó el brazo. Habría sentido lástima por él, pero con ese bigote en forma de herradura entre la nariz gigante y la boca casi sin labios le parecía patético.

Karri no dejaba de mirar a Sarah.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —le preguntó.

Sarah cerró los ojos con un gesto de cansancio que le llenó la cara de arrugas.

—Seguir buscando, supongo... ¿Qué más puedo hacer?

Su esposa era más alta que él, y se alejaba del restaurante con elásticas zancadas masculinas; Tim Yardley iba casi corriendo a su lado, jadeando del esfuerzo y con los rollizos muslos rozando uno contra otro bajo sus holgados pantalones cortos. Se secó el sudor de la frente con la manga y lanzó una mirada asesina a su esposa; estaba furioso con ella, harto de esa crueldad frívola que llevaba sufriendo tantos años.

—¿Cómo puedes reírte en un momento así? —le preguntó con rabia.

Karri se había parado delante de un escaparate para mirarse y se estaba arreglando el pelo metiendo sus largos dedos entre los rizos negros como si revolviere una ensalada.

—Es que me entró la risa al pensar en Richard Crouch bailando y de juerga toda la noche en el Sari Club.

—Sabes de sobra que no se trata de eso, estoy preocupado por Sarah y tú deberías preocuparte también. ¡Es amiga nuestra!

Ella terminó de colocarse el flequillo y se quedó mirando el reflejo difuso de su marido en el escaparate.

—Ya te preocupas tú bastante por los dos. Además, Richard me caía fatal, me da igual si ese imbécil está tirado en una cuneta por ahí, era insoportable con esa actitud de superioridad moral.

Karri se giró para mirar a su obeso marido.

—Aunque cuidaba de su aspecto, eso sí.

Tim estiró los faldones de su camisa y los remitió en los pantalones intentando cruzarlos para que no se le viera la tripa por la rendija. Las pecas que le cubrían los brazos parecían una ligera salpicadura de barro.

—No hace falta que te pongas tan desagradable —dijo él. Un reguerillo de sudor le recorrió la nariz hasta la punta y una gota cayó al suelo como si fuera una lágrima—. Tengo algo de sobrepeso, no lo puedo evitar.

—Podrías comer menos y beber menos.

Tim se giró para alejarse con los hombros encogidos, como protegiéndose de la siguiente humillación.

—¿Y ahora qué vas a hacer? ¿Volver corriendo a cogerle la manita a Sarah? —se burló Karri.

Tim se dio la vuelta lentamente, preguntándose por qué se enfrentaba con su esposa si había salido perdiendo de todas las discusiones desde que se casaron hacía quince años. Poco después de la boda descubrió que el hecho de tener razón no acallaba los comentarios hirientes de Karri, ni impedía que al terminar cualquier discusión se sintiera tan machacado y dolido como si le hubieran dado una paliza en un callejón.

—No sé qué tienes contra Sarah... —dijo en voz baja, tratando de mostrar algo de dignidad, y continuó titubeante—: Es buena persona, una mujer amable que necesita nuestra ayuda y nuestro apoyo. Y yo quiero ayudarla, ¡eso es todo!

—Eres patético... rondando a esa mujer que parece un palo reseco.

—¡No es verdad! —respondió él con la cara congestionada.

—No me quita el sueño —dijo despectivamente su esposa—, esa no te tocaría ni con el palo de una bandera balinesa.

Tim respiró hondo y metió la tripa todo lo que pudo.

—Yo no estaría tan seguro de eso —dijo sacando el pecho.  
Karri soltó una carcajada.

Nuri salió a caminar por Denpasar.

No podía seguir sin hacer nada en el apartamento donde llevaba viviendo un mes. Había pasado las últimas horas muy inquieta, jugueteando nerviosa con un hilo de su blusa y retirando continuamente las cortinas mugrientas para mirar por las ventanas resquebrajadas.

Nuri les había dicho a sus hermanos —Abu Bakr y Ramzi— que salía a comprar algo para la cena, y les había pedido que se lo dijeran a Ghani cuando él volviese. Su marido estaba buscando un local para la escuela religiosa que pensaban fundar en Bali. A Nuri le extrañaba su empeño en continuar con el proyecto; después del atentado, una escuela de doctrina islámica seguramente sería un fracaso. Había intentado plantearle sus dudas a Ghani, pero él le había explicado sonriente que Alá solo estaba poniendo a prueba su fortaleza, y que no se iba a detener ante el primer obstáculo que encontrase en el camino. Entonces ella había bajado la mirada asintiendo sumisa. Qué fácil era parecer una esposa obediente, volver a la rutina de sometimiento a su marido, pensó Nuri, después de todo ya llevaba un año representando ese papel sin planteárselo, desde el día de su boda con ese hombre mayor de pelo cano.

Hasta que fueron a Bali Nuri nunca había salido de Sulawesi<sup>4</sup>, una isla grande con forma de hombre sin cabeza que es una de las zonas más despobladas del archipiélago indonesio. Había viajado con su marido y sus hermanos en un ferri viejo y abarrotado que los llevó a Java; allí hicieron una breve visita al *pesantren* de la ciudad de Solo, el internado donde Ghani había estudiado cuando era niño, para consultar con sus líderes espirituales, y finalmente llegaron en autobús hasta Bali.

La isla mostraba una realidad desconocida para una jovencita de pueblo, ¡tanto alcohol, tantas drogas y tanto contacto entre hombres y mujeres! Le había dado asco y vergüenza; las demostraciones de

<sup>4</sup> Célebes. (*N. de la T.*)

afecto en público le hacían apartar la vista, y cuando pasaba delante de las discotecas y los locales de masajes aceleraba el paso con la mirada fija en el suelo. Había tenido que regañar a Ramzi, su hermano pequeño, porque no era capaz de apartar los ojos de las chicas ligeras de ropa.

Nuri era muy guapa: tenía la piel luminosa y unos ojos almendrados bastante separados que le daban un aire de curiosidad infantil; su pelo era negro y brillante, aunque lo llevaba recogido y cubierto con un pañuelo. Mientras estuviera en Bali no iba a llevar su hiyab, el guardapolvo negro que le cubría desde la cabeza a los pies y que incluía un velo para la cara. Ghani había insistido en que llamaría demasiado la atención; Bali se había convertido en un lugar incómodo para los musulmanes después del atentado. Ella había accedido con la condición de que le permitiera cubrirse con un pañuelo pero, a pesar de llevar el pelo oculto bajo la tela, le daba mucha vergüenza exponerse así —se sentía tan desnuda como las mujeres occidentales con bikini que había visto tumbadas en las playas, exhibiendo su cuerpo bronceado ante cualquier desconocido que pasase. Nuri sacudió la cabeza al recordarlo y se le escapó un mechón de pelo que volvió a meter cuidadosamente bajo el pañuelo. Ella había llevado la severa vestimenta islámica desde la pubertad; en Sulawesi, su padre siempre le decía que las mujeres tienen un papel secundario en la sociedad, supeditado al de los hombres de su familia, y Nuri había aceptado las imposiciones de su padre como si fueran el orden natural de las cosas. Siendo la única chica en una familia con trece hijos de las cuatro esposas de su padre, sabía bien lo agresivos y complicados que eran los chicos. Nuri estaba más tranquila sabiendo que no se exponía a despertar los deseos de los hombres: su padre la había educado así, pero también era por decisión propia.

Sus pasos sin rumbo la condujeron hasta una pequeña caseta de madera con tejado de hojalata que anunciaba comestibles en indonesia. Nuri entró y pidió un bote de pasta de chile, eso convencería a su marido y sus hermanos de que necesitaba comprar algo para la cena.

Los clientes solo hablaban del atentado y la investigación, pero no les prestó mucha atención. Nuri no tenía una opinión clara sobre

el tema, Ghani solo le había dicho que los balineses habían convertido su isla en un burdel... Pero lo que sí sabía, y lo había aprendido por sí misma en Bali, era que incluso con una estricta educación religiosa y conociendo la diferencia entre el bien y el mal, un corazón rebelde resultaba difícil de controlar.